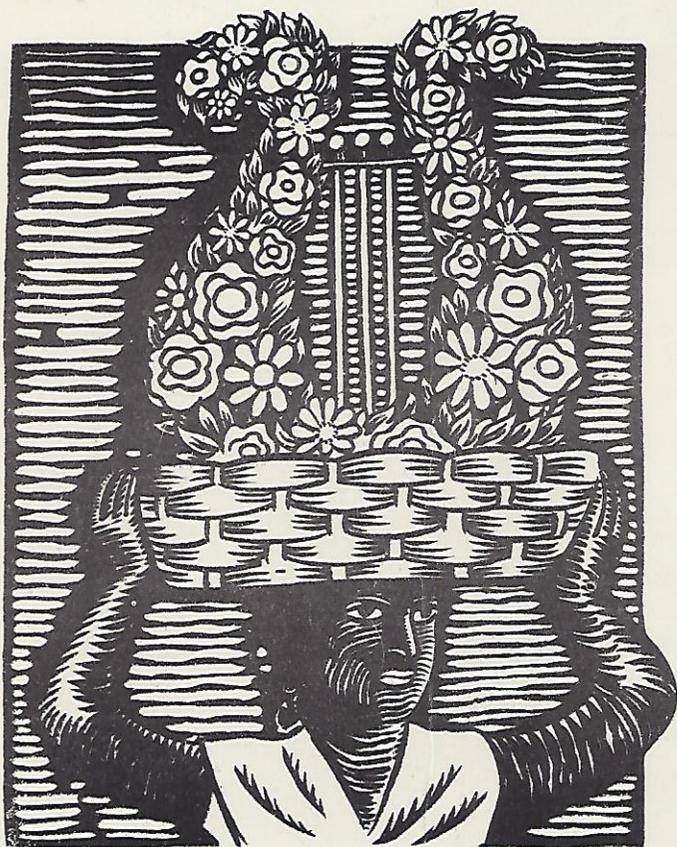


FESTIVIDADES
POPULARES
OAXAQUEÑAS

LAS CALENDAS



POR: JORGE OCTAVIO ACEVEDO
MADERA DE: ROBERTO ACEVEDO S.

1^a. Edición

Oaxaca, Oax. Septiembre 1933

2^a. Edición 2,000 ejemplares México, D. F. Junio 1985

*Esta es una edición facsímil
a la tipografía y grabado (madera)
originales y fué impreso con autoriza-
ción del autor, en el Taller Grá-
fico IMPORT, Coyoacán,
Distrito Federal*

FESTIVIDADES POPULARES

OAXAQUEÑAS.

‘‘ LAS CALENDAS ’’

Por Jorge Octavio ACEVEDO.

Gratamente recuerdan los ancianos el discorrir pacífico de una vida provinciana, discreta y reposada, dulce y apacible. La nostalgia de aquel vivir de ayer invade la mente de nuestros viejos, mientras el tiempo, con inflexibilidad suprema, engulle sin cesar las horas que se escapan del vetusto campanario.

Antequera, por ley de evolución, se ha transformado. Se apagó para siempre la vocinglería callejera de los chicos ante el estruendo de los cohetes de calenda. Parece que fué ayer, y es que amamos tanto nuestra tradición, la costumbre popular, que no queremos perderla. Se fué quizás para siempre, y sin embargo quedó espiritualmente arraigada al alma de nuestras barriadas.

Pero las añoranzas nunca palidecen; se esfuman a veces en el trajín de la vida modernizada e intensa, para reaparecer con su claroscuro de le-

yenda en los crepúsculos estivales, en bocas desdentadas por los años, rumiantes de cosas viejas y olientes a santo. Quédase absorto el grupo de mozalbetes imberbes, incubadores de esperanzas nuevas y admiradores del pasado esplendor...

Las típicas calendas oaxaqueñas florecieron todavía en los primeros lustros del presente siglo; pero la costumbre se remonta tan allá lejos que posiblemente el primer obispo López de Zárate ya las hubo autorizado entre el aborigen vecindario del feudo del Marqués, bajo hábil dirección seráfica. De todos modos, la costumbre arraizó y tomó tales vuelos y lucimientos que llegó a constituir la más grande de las devotas diversiones populares. Ni los nacimientos del "Señor", ni las pastorelas del Chato Bado, ni las festividades grises del día de Difuntos superaron a las calendas fastuosas de Corpus Christi, la Soledad, el Carmen y los Príncipes; y es que en ellas el regocijo era unánime: participaban con igual entusiasmo todas las clases sociales, desde el severo y sañudo notario único de la muy noble ciudad, hasta el "peladito" de pelo en pecho y amplio ceñidor rojo. Iban a la callejera procesión los chicos, las comadres, los gremios de artesanos que por aquel entonces estaban oficialmente supeditados al poder episcopal, los estudiantes, los hombres llamados "de edad" y los abuelos enroscados, cargando en sus espaldas vencidas la grave tradición.

Esto era hasta hace pocos años un divertimento generoso. Desde las tres de la tarde de ese día las guapas mozas del barrio, cuya innegable obligación de asistir al acto era patente, comenzaban su acicalamiento multicolor y típico. En la alcoba las "chinitas" oaxaqueñas se sorteaban las arracadas más hermosas del patrimonio, tan serviciales para los fandangos a los que asistía la señora, y tan imprescindible a las quinceañeras para atraer las disimuladas envidias de las amigas. Después, un espejo de trabajosa reflexión óptica y circundado por marco dorado, ponía en aprietos a la familia, pues se disputaban todos al mismo tiempo la exclusividad de usarlo, dado su pequeño tamaño. Además: botines de charol a

dos colores, lustrados con unguentos; enaguas de percal con florecillas pintadas, pliegues de costura y encaje de figuritas; listones de chillantes colores, olorosos al cedro del baúl; amplias mascaradas tornasol, para disimular castamente los senos; medias de rayas a colores, polvo de arroz y cáscara de huevo; y "agua florida", recuerdo del onomástico más reciente. No faltaba, por supuesto, el vestuario masculino: tableadas camisas de pongé pálido en donde cada puntada era un orgullo de costurera; pantalón que se iniciaba abajo de los riñones, sostenido por amplia banda roja, y terminaba embarrándose empeñosamente en unas piernas torcidas hasta llegar al cubo de los zapatos largos y puntiagudos; sombrero charro inquisidor, tan pesado como característico, con sus bordados de plata, seda o canutillo de oro y su forma amplia y original. Y todo eso, paisaje multicolor y atrevido en medio de la ajustada economía de artesanos, fatalmente se aleja, como se fueron también para siempre los faroles llorones cuya penumbra era cómplice de amores a hurtadillas...

Después del menaje personal, lindas caras de mujer y largos mostachos varoniles retrataban en los semblantes la grata idea de asistir a la calenda. Para esto, las madrinas de la ceremonia hacían con anticipación derroche de dinero, aun cuando muchas veces, tratándose de gente sin recursos, se hiciera el "gasto" a expensas del empeño y mil y una privaciones posteriores. En fin, el día de la calenda, que antecedía en dos al de la fiesta religiosa respectiva, la gente se aglomeraba a eso de las cuatro de la tarde en el atrio del templo. ¡Cómo se recuerda todavía aquella disposición asombrosa de organización que tenía don Espiridión Vázquez! Este caro señor, alto, flaco, viejo y empeñoso, inseparable amigo de una mascada al cuello, era el abogado para formar y conducir la calenda de la Soledad, a pesar de los obstáculos que el Jefe Político D. Prisciliano Benítez le presentara, como en cierta ocasión en que se le previno que la calenda costaría nada menos que trescientos pesos fuertes de multa, por algunas liberales razones. D. Espiridión, ya el día del

acto, después de esa ingrata sorpresa fué recorriendo casa por casa recolectando óbolos por medio de roncadas excitativas, para poder pagar anticipadamente la multa (fabulosa en aquellos tiempos), lo cual hizo en la misma mañana, ante el asombro de Benítez.

Las calendas más famosas eran las de la Soledad, los Príncipes, la Merced, Consolación, el Carmen Alto y San Juan de Dios, esta última con su ejército de coheteros del barrio, rivalizando todas en gentío y derroche de pirotecnia; pero ajustémonos a la descripción de la más famosa de todas, la de la Soledad, porque a ella no solamente concurrían los vecinos del barrio sino una gran cantidad de devotos de otros rumbos. Todos los 16 de diciembre Don Espiridión, émulo de su ascendencia triunfadora, se fatigaba varios días antes regateando a los coheteros el precio de su mercancía, para lo cual tenía la táctica de invocarlos a la "Patrona" en cuyo honor iba a quemarse la pólvora. Así, el ahorro no regresaba a manos de las madrinan rezanderas y pródigas, sino que se gastaba en banderitas de papel de china, reparación de marmotas, farolitos, compra de ceras, etc.

Desde una hora antes esta calenda anunciaba su pompa con tres repiques, al iniciarse, y con sonoras y repetidas campanadas generales, al terminarse, en las torres de la Soledad; y en cada templo por donde pasaba al hacer el recorrido por toda la ciudad las esquilas se echaban al vuelo, con el júbilo rebosante de los monaguillos y gente de sacristía. También se usó por cerca de un ciento de años el disparo anunciador de un cañón de pequeño calibre, que el señor Cura D. José María Morelos y Pavón, dejó en prendas de gratitud a la Virgen de la Soledad, cuando el patriota insurgente desalojó de la ciudad al comandante Régules. El disparo se hacía sin proyectil, aunque con gran aparato y estruendoso regocijo de la multitud, en el amplio atrio. No se sabe en poder de qué facción armada de la época revolucionaria fué a parar el armamento; pero el caso es que con su desaparición se borró un color más a la estampa de nuestras jugosas costumbres populares.

Inevitablemente a las cuatro en punto de la tarde D. Espiridión aparecía entre la multitud, rodeado de chiquillos bullangueros y de mozos corpulentos que le solicitaban la especial y muy honrosa comisión de cargar la gran marmota para pasearla triunfantes entre las miradas del gentío alborotado. La marmota consistía en un armazón de carrizo, alambre y madera, cuya forma esférica y de gran volumen se revestía de manta blanca; un asta central era su sostén, amén de varias correas con que los ayudantes del marmoreo mayor le hacían equilibrio para sostenerlo a la redonda. Multitud de velitas de cera ardían durante el trayecto de la calenda, cuyo fulgor apenas se traslucía hacia el exterior. El simbolismo de todo aquello era extraño y de procedencia remota. En efecto, cuéntase que durante la época colonial, y para difundir “respetuoso temor y profunda piedad a los convertidos de aquellas comarcas indias hacia las cosas sacratísimas”, un obispo de la Nueva Antequera estableció el gran tamaño de las marmotas, copiando una vieja costumbre castellana; pero acondicionando el alumbrado en el interior de ellas para representar ante la absoluta credulidad del vulgo el amor siempre viviente de la castísima Madona Enlutada.

La calenda de la Soledad era suntuosísima: Despuntaba el mayordomo con el maestro cohetero y media docena de oficiales que portaban su imprescindible tizona de cáscara de coco tehuano; los aprendices conducían “chiquihuites” cargados de cohetes que iban facilitando a aquéllos tan presto como se les requería. En cada esquina, tras la fugacidad de un cohete desmesurado, se quemaba una rueda llamada “catarina” que un chiquillo paseaba en volandas hasta cien metros adelante del popular cortejo, a modo de estridente anunciador.

Este era el día especial en que la tía solterona o la hermana casada y respetable accedía al lloriqueo de la entusiasmada niñería femenina, que estrenaba con alboroto para salir con miles de recomendaciones maternas. Después venía el cortejo

de floreras del barrio de Consolación y la Trinidad, guapas zagalas de donairoso porte y arracadas deslumbrantes, tan sólo rivales con los destellos de sus lindos ojos. Este era el día de las floricultoras: todas llevaban sobre su cabeza un altillo, y dentro de él, el armazón que sostenía un bello y sugestivo adorno floral, y una lira, ya un cisne de rosas italianas, ya un pavo en que a la maravilla de las dalias se agregaba la fragancia de las violetas y el contraste de los azahares; ya, en fin, águilas, corazones y otras mil elucubraciones caprichosas que no eran ni lira, ni cisne ni pavo, pero sí tenían el encanto de la fantasía popular, fanática y alegre.

Nunca faltaron tampoco los chiquillos, a veces llevados de la mano de una comadre mofletuda, y a veces con la libertina vocinglería de la infancia, portando verdes carrizales despojados de las márgenes del Atoyac, y figuras de papel de china con armazón de varas y asta larga, que morían incendiadas casi siempre por manos inexpertas, y entonces, ¡qué de jubilosa algarabía; ¡qué de pucheros de adolescencia!

Las figuras de papel de colores, que llevaban los chiquillos, portadores por dentro de una parafina encendida representaban la luna, el sol, tehuanas, chinas poblanas, monos, gigantes, enanos, diablos, muertes, ángeles y multitud de personajes simbólicos más, que la fantasía del vulgo personificaba y entrometía en la festividad religiosa con la sosegada complacencia de la autoridad eclesiástica que vió en ello, tal vez, el aceptable conciliábulo de sus propósitos píos con el desdoble de un sentimiento vernáculo. Después, en su orden, seguían componiendo el cortejo los portandartes, especie de representantes de las diversas capellanías de la ciudad que llevaban a la calenda principal, como homenaje a la virgen de la Soledad, grandes estandartes de terciopelo con figuritas de plata e imágenes de santos, campanitas y flecos. Además, los faroleros, también contribución de los otros templos de la ciudad, conducían sus respectivas farolas de vidrio de colores y guarniciones de hojalata en lo alto de un

asta. Al entrar la noche las farolas lucían su policromía por efecto de las velitas encendidas. Las músicas de banda se intercalaban entre los coheteros y las floricultoras, entre éstas y los estandartes, de todos modos siempre a lapsos dentro del cortejo, según la irrevocable disposición del mayordomo, asesorado oportunamente por D. Espiridión.

Cerraba la calenda, generalmente, una carreta enflorada que arrastraba en pelotón una turba de voluntarios. Los varones, haciendo un alarde, tiraban de la carreta, asidos de la lanza, mientras los muchachos empujaban por la parte trasera. Esta carreta repleta de ramazones, festoneada y enflorada, era ocupada por cinco o seis muchachos privilegiados de la madrina que vestían de gitanillos, aldeanos y pajes, escoltando a pequeñas bien empolvadas y de bucles postizos salpicados de estrellitas de papel dorado y vestimenta azul-blanco; un pedazo de cortina de encajería le servía de manto, alas de ángel y zapatitos de charol rojo completaban la indumentaria, haciéndose pasar por querubines en su trono de gasa y tela de punto semejando las nubes del firmamento. Al lado de estas representaciones celestiales se colocaban varios niños vestidos de piratas de ojo cosido con peto de cartón, generales y alabarderos, de polainas paternas en una mescolanza anacrónica y variada. Ya de regreso, por una verdadera feria, rivalizando quizá con las de Compostela, Carabanchel o Valladolid, tenía lucimiento superlativo en el amplio atrio de la Soledad, abarcando más de dos cuadras a la redonda la aglomeración de visitantes piadosos, vendedores, cilindreros y paseantes de todo género y condición; se establecían "puestos" de golosinas a lo largo de la calle real (avenida Independencia), desde el antiguo mesón de Portillo (lugar donde nació el general Porfirio Díaz y que ocupó después la Escuela Normal Mixta del Estado), hasta la esquina del Obispado. Los traficantes costeos se esablecían provisionalmente a lo largo de las banquetas, expendiendo jamoncillos, plátanos pasados, naranjas, coacoyules, cocos, etc. Los vendedores del Valle

Grande hacían su agosto con la gran demanda de caña de la Ciénaga, que, en alteros enormes o formadas en los muros, eran realizados rápidamente al centaveo; las carretas abastecían constantemente a los llamados regatones, y éstos no cesaban de vender desde la turba de chiquillos confabulados para el hurto hasta los graves dignatarios del Gobierno, todo el mundo consumía la jugosa caña dejando que el bagazo formara una muelle alfombra sobre el pavimento empedrado. Ya en las gradas de la escalera de piedra que conduce al santuario, ya en el jardincito anterior al atrio, y aún en éste mismo, se posesionaban las vendedoras de "ceras" para la Virgen, rosarios de huesecillo o pedernal con hilo rojo, medallas, "milagros", escapularios y folletos de oraciones alusivas. Por otro lado veíanse los puestos de tamales de chipilli, dulce o mole; atole de leche, granillo y blanco, café de la Sierra, pan moreno de Etna, chocolate, molotes y fritangas con lechuga y rábanos, etc., etc. En el centro del atrio hacían sus evoluciones indígenas, al són de músicas chillonas, los "danzantes" de los pueblos de Xoxo, Zaachila, Cuilápam y otros lugares, ante la expectación de un público incansable, rumiante de golosinas. La práctica de los "danzantes" se imponía al espíritu colectivo de los pueblos comarcanos que pagaban así su "promesa" a la "santa Patrona" y que para la especulación del sociólogo constituyen ahora un ejemplar más de tipos de tributación colectiva ante el poder mítico, desague de un desbordamiento anímico, incomprendido para ellos y hábilmente adaptado al sistema feudalista de la post-Colonia. Los "danzantes", con sus músicas unísonas y sus movimientos casi mecánicos, distraían el morbo de unos y servían de pretexto a las parejas de enamorados para hacerse señas en tan feliz ocasión a través de los bailarines emplumados.

Quedó establecida una especial costumbre: a propósito de la calenda de la Soledad, a las nueve en punto de la noche los tenderos de toda la ciudad disparaban al vacío sus escopetas, mohosas pero fieles; esta salva atronadora era un tributo más, que, como muchas otras cosas, hizo despare-

cer el estado anormal de la soberanía y el pre-constitucionalismo en Oaxaca, cuando toda manifestación pirotécnica se traducía a buen seguro en un sobresalto para los jefes de la bandería armada que en suerte les hubiera tocado oírlos, como autoridades efímeras de la ciudad.

Cabe consignar otro dato curioso: el día de la calenda de la Virgen elutada, nuestros valentones de barrio hacían abstracción absoluta de sus rencillas entre sí, y convivían alegremente en tabernas y pulquerías, para retornar a sus dares y tomares con mayor brío, al siguiente día. Dicese que en tiempos de cada diciembre, con este caro motivo, holgaban serenos y alguaciles y podía dormir acaso el oficial de barandilla.

Las calendas típicas se efectuaban de cuatro de la tarde a siete u ocho de la noche; pero a veces solían tener por horario de las ocho a las once o doce de la noche, en cuyo caso el cortejo discurría por las calles resguardado por amplia y larguísima valla de individuos portando hachones encendidos. Desapareció paulatinamente la costumbre de asistir a las calendas nocturnas por los peligros de más de algún atrevido a que se exponían las zagalas al regresar, ya trasnochadas a sus apartados barrios. Desmereció así esta práctica y a la postre el único atractivo radicó singularmente en los paseos vesperales.

Era establecida costumbre efectuar los llamados "convites" nueve días antes de la festividad principal de cada templo oaxaqueño. Los convites anunciaban la iniciación de los rezos novenarios, predecesores de la fiesta titular; las calendas se verificaban siete días antes de la fiesta, precisamente el día anterior a las vísperas y mañitines.

La calenda del Carmen Alto se caracterizó siempre por su exhibición de "los gigantes", enormes estatuarios de cartón, con armazón de carrozo y madera; los guasones del barrio se las encaramaban sobre sí para solaz de la fantasía del vulgo. La de Consolación tenía otra peculiaridad: todas las mozas del barrio llevaban altillos llenos de flores en arrogante desfile, a su calenda, y no

concurrían a otra que no fuese la de su barrio y la Soledad.

Más de alguna vez las calendas tuvieron un desenlace inesperado.

Se cuenta, por ejemplo, lo acaecido en tiempos del gobernador, licenciado Francisco Meixueiro, a quien atacaba un periodiquillo de la ciudad. Al celebrarse una fastuosa calenda del Carmen, los agentes de la policía pretextaron un tumulto cuando el gentío pasaba precisamente por las oficinas del periódico, y se dieron a la tarea de dispersar a los enfiestados concurrentes, saqueando de paso la redacción y talleres del referido órgano anti-gobiernista. Sábese que hubo gritos, bofetadas, garrotazos y empellones con acompañamiento de palabrería muy en uso durante tales intempestivas intromisiones policíacas. Más de una señora perdió el tocado postizo, mientras algunas señoras ensayaban oportunamente su desvanecimiento salvador.

EL CUMPLIMIENTO.—Existió una práctica curiosa implantada por los frailes en tiempos anteriores a la Reforma: las calendas se hacían visitas entre sí, esto es, cada cortejo se dirigía primeramente y antes de tomar su itinerario regular, a un templo cuya fiesta anterior se había dedicado al barrio primeramente nombrado. Así alcanzaron gran esplendor las peregrinaciones del Carmen Alto, la Merced y Santo Domingo, esta última, haciendo el recorrido por lo que hoy son las calles del 5 de Mayo y Armenta y López, que antiguamente recibían los nombres de El Reloj, Santa Catarina, de la Vega, de Magro, de la Palma, de San Agustín, del Credo, de la Loca del Cerrojo, hasta llegar al jardín de San Francisco, frente al templo del mismo nombre. Los frailes dominicos iban a visitar con su calenda a los franciscanos y generalmente los recibían éstos en el patio principal del convento (hoy Hospital General), con música, cohetes y diversos obsequios apetitosos, a reserva de pagar la visita en tiempo oportuno y de idéntica manera.

Al correr de los tiempos, después de la Reforma, los llamados cumplimientos se hicieron profa-

namente: las calendas recorrían de preferencia las calles por donde habitaban las madrinas de la calenda anterior eslabonándose la cortesía.

Una costumbre española tomó arraigo en Oaxaca: la procesión anual por la Pascua de diciembre, de los "Reyes Magos", evocadores de la leyenda bíblica. Generalmente los chicos representaban a los reyes Baltasar, Gaspar y Melchor, luciendo ricas y vistosas vestiduras y acompañados de enorme séquito de chiquillos que se ataviaban también, haciendo honor a su entusiasmo, con lentejuela, lustrinas, mascadas, sandalias y medias de color. Generalmente vestían de aldeanos europeos dando un aspecto de exotismo disímulo a los ojos empinantes de la plebe. "Los Reyes Magos" y su corte entraban a la ciudad por la garita del Marquesado y recorrían de largo a largo la rúa principal de la ciudad, hoy avenida Independencia.

En la calenda de "noche buena," los días 24 de diciembre de cada año, la costumbre era portar farolitos, primeramente de confección rústica; pero a la postre, finísimos acabados de papel japonés, imitación de los faroles que traían los galeones de Manila y que por casualidad no eran atacados por los piratas del Pacífico, llegando sanos y salvos a la costa de Huatulco. Sobre el snobismo de los farolitos orientales, cuéntase una anécdota acaecida en estos últimos años, que dió al traste definitivamente con la rancia costumbre popular. Siendo Gobernador del Estado el Gral. Manuel García Vigil, una tarde lluviosa de julio presentóse a solicitar audiencia don Luis Solaegui, que aún vive para contarlo, con voz hecha rescoldo. D. Luis había sido nombrado padrino de la fastuosa calenda del Carmen Alto, e iba a la sazón a pedir el permiso consiguiente, pues en épocas post-constitucionales era muy mal vista en las esferas del Gobierno la complacencia para esta clase de actividades. Este señor, influente en lo personal por haber sido años atrás compañero de estudios del Ejecutivo en el Seminario Conciliar de la ciudad, esperaba obtener la gracia especial del Gobernador, quien muy atento y ceremonioso oyó

la suplicante petición de su antiguo camarada. El Gral. García Vigil tenía fama entre el elemento católico de Antequera de ser acérrimo enemigo de las cosas santas y, ¡era de verse el apuro que pasó el influyente ante el señor Gobernador! Por fortuna, el momento psicológico era propicio y, no sin alardes de vieja amistad, el Gral. accedió con la condición de que se pagaran los derechos de la manifestación y no se efectuaron indicios de culto externo; se garantizara el orden y se substituyeran las marmotas, los carrizos y los monos de papel por faroles japoneses, pues en concepto del Ejecutivo aquello eran “adefesios” insoportables a los ojos de la cultura”. Tal vez, el general García Vigil esperaba que se desistieran de su propósito los organizadores; pero ¡cuál no sería la sorpresa de los palaciegos cuando vieron un numeroso y compacto desfile de comadres con don Luis Solaegui a la cabeza, pasar frente al zócalo llevando sendos farolillos importados y gritando ¡viva el “culto” general García Vigil!”



Hoy día todo eso acabó. De lo que fue, sólo quedan para contarle lenguas zarrosas que se agitan trabajosamente tras las disecadas encías sin dientes; pero el solo recuerdo del ayer es brebaje vivificante para nuestros muy amados viejos de Antequera cuyos ojos tienen luz todavía para alumbrar el pasado y darnos a mirar con unción la vaga lontananza de los tiempos. Migajas exquisitas de sobremesa nocturna, donde soñamos despiertos y los chicos cabecean o se echan a dormir sobre el albo mantel, mientras con esa dulce y apacible parsimonia conventual el abuelo va narrando, narrando, con el gotero de su garganta trabajosa. Así se enlazan, con eslabones irrompibles, el pasado y el presente, uniéndose fuertemente las manos por ley imperativa y cautivadora. De eso y mucho se cuenta todavía por estos solares de Dios, mientras la luz poniente que a gajos resbala por las arcadas vetustas de los patios de vecindad, está que se va, llevándose el polvo de antaño y la magia temblorosa de los tiempos...

Oaxaca, septiembre de 1933.

SUPLEMENTO

DE SUR

CON MOTIVO
DEL PRIMER
CONGRESO
MEXICANO
DE LA HISTORIA